

MAXIMO GOMEZ

Por Joaquín Balaguer

Con Máximo Gómez se cierra la serie de los grandes libertadores. Si como guerrero es digno de figurar entre los más geniales conductores de tropas del continente, acaso a la derecha de Bolívar, a quien iguala en el arte de hacer la guerra con ejércitos improvisados y a quien sin duda sobrepasa en coraje épico y en estrategia instintiva, como patriota se halla al nivel de Wáshington y San Martín en lealtad a sus principios y en honradez ciudadana.

Acaso fue Máximo Gómez el primer genio nacido en suelo dominicano: puede afirmarse sin vacilación alguna que la vida creó, para que este hombre naciera, un molde nuevo: un molde semejante a aquel en que de tarde en tarde son fundidas las naturalezas desmesuradas.

Pero el libertador de Cuba no supo sólo conducir, como los combatientes homéricos, el carro de los combates. Después de haber puesto el genio en sus campañas, obras sublimes de perspicacia y de intuición que pueden considerarse como verdaderos prodigios militares, todavía le sobró talento para verterlo generosamente en sus escritos. Las cartas de Máximo Gómez, las órdenes escritas que improvisó entre los relámpagos de las descargas en los campamentos de la guerra de los diez años, y las proclamas que compuso en estilo de arenga para la tropa inflamable, no parecen documentos hechos casi con la punta de la espada sino más bien páginas literarias compuestas con la misma pluma con que se escriben las odas de gabinete. Si su figura, mirada por el lado militar, nos parece con razón incontrastable, vista bajo el aspecto menos férreo del hombre ya célebre a quien las circunstancias obligan a escribir como ciudadano conspicuo y no como escritor de oficio, ofrece aún motivo para la admiración fervorosa.



Una mano invisible, sin duda la del genio, aunque éste no se haya manifestado como una fuerza sobrenatural sino en el campo de la lucha armada, guía la pluma del héroe de "Mal Tiempo" cuando traza sobre el papel los signos con que traduce su pensamiento de soldado. Pero esos caracteres enigmáticos, unidades de otro ejército que sólo obedecen a la voz de la inteligencia ungida con el prestigio literario, acuden también cuando él los llama, sometiéndose como los soldados de carne a su voluntad imperiosa. En una página escrita por Máximo Gómez, militar que hasta la mente la tenía sujeta a disciplina inquebrantable, puede faltar la elocuencia de las disertaciones de aparato; pero lo que no falta nunca en ella es ponderación, orden, dignidad, armonía. Una incoherencia, una de esas frases que la retórica llena de falso viento o de música campanuda, un pensamiento feo o una expresión deshilachada, son cosas que no se conciben en un escrito de este soldado sin cultura a quien fue concedido por adivinación el privilegio de dirigir las cláusulas del discurso si no con tanto genio, sí, en cambio, con tanto imperio como el que tuvo para conducir a las famosas legiones de las cargas al machete.

La naturaleza puso en la boca del león un panal de donde fluía abundantemente la ternura. En su Diario de Campaña. Obra extraordinaria en su género, hay páginas impregnadas de tanto sentimiento y de estilo tan puro que no parecen salidas de la pluma selvática de un guerrero sino de la de un hombre de sensibilidad más cultivada. Todo acontecimiento le sugiere, aun en medio de la borrasca en que sus apuntes fueron compuestos, algún rasgo poético, testimonio de que el férreo libertador era hombre de sentimientos no vulgares: así, el 27 de febrero de 1897, comenta amargamente en su Diario la mutilación del cadáver de su hijo, caído junto a Maceo en Punta Brava, y concluye con este rasgo de lirismo las expresiones de dolor que le arranca aquel acto ignominioso: "... Siento en mi pecho palpitar un sentimiento de venganza, no por la muerte de mi hijo, pues a la guerra se viene a morir sino por la mutilación de su cadáver: cortar la rosa no es tan malo; deshojarla con desprecio es lo amargo". El 24 de febrero de 1898, después de haber permanecido treinta y cuatro meses "encima de su caballo", habla del deseo



que le asalta de abandonar la hamaca para dormir sobre el prado, como los potros salvajes, y explica así aquel extraño anhelo de reposo físico: "La hamaca no es ya cómoda, como lo era antes; y es que la tierra quizás me llame a su seno". El 27 de julio de 1898, describe brevemente la capitulación de trescientos soldados españoles, y comenta en los siguientes términos la actitud del general José Miguel Gómez en aquella emboscada hazañosa: "El general José Miguel Gómez se bajó demasiado para recoger el laurel. Hay que recogerlo siempre desde la altura de nuestro caballo de batalla".

El don de la observación moral, privilegio que la vida sólo otorga al hombre de genio que ha contemplado de cerca el espectáculo de las pasiones humanas, acompaña siempre a Máximo Gómez a través de sus largos años de permanencia en Cuba, y se refleja en su Diario de Campaña y en sus cartas por medio de reflexiones perspicaces y no pocas veces ingeniosas. En todo lo que escribió el insigne guerrero hay observaciones que sin duda no son de gran elevación ni de mucha profundidad; pero que sí revelan la inteligencia del hombre que ha reflexionado largamente sobre la condición de sus semejantes y a quien la vida y no los libros dicta las reflexiones que hace sobre el destino humano. En el documento que el 12 de marzo de 1899 dirigió al pueblo de Cuba, después de haber sido depuesto del cargo de general en jefe del Ejército Libertador que acababa de conducir a la victoria, y en las cartas que escribe con posterioridad a esa fecha, no escasean ni las actitudes adoloridas ni las sentencias acres que suelen asomar a los labios de los grandes desengañados.

Pero lo que pasma en los escritos de circunstancias del Libertador de Cuba es la presencia en ellos de algunas frases que recuerdan vagamente el estilo de Martí y que por sí solas demuestran la energía con que la palabra del apóstol se grabó en la conciencia y en la imaginación del guerrero. No deja de causar asombro, desde luego, el solo hecho de que se pueda descubrir un punto de contacto, aunque sea esporádico y remoto, entre la expresión energética, pero ruda de Máximo Gómez y la expresión sublime y caudalosa del Mártir de Dos Ríos, el primer poeta sin



duda de la oratoria castellana. Hay en la frase aspera, crepitante a veces como los troncos bajo los dientes de la sierra del héroe dominicano, algo que recuerda no el río de elocuencia que fluyó de la pluma de Martí, ni su vigor genial, ni su inspiración desatada; algo que no se parece, que no podría ni aun remotamente parecerse, a todo ese conjunto de prodigios que transforma la prosa del apóstol en una especie de bosque sonoro en que corren fuentes inagotables, se enlazan árboles corpulentos y se encienden de improviso luces maravillosas; algo que no trae, que no puede traer en ningún caso a la memoria aquella particularidad, característica del pensador cubano, que no deja ningún pensamiento sin imagen, y que cuando no halla el símil o el símbolo apropiado, lo inventa para expresar la idea con nitidez asombrosa. Pero hay en la prosa de Martí algo que no es producto ni del artificio ni del genio: una unción íntima que parte directamente del alma como los rayos de luz parten de la llama, y que nos deja siempre la impresión, cuando leemos sus proclamas o sus discursos, de que no oímos a un simple mortal sino a un bienaventurado.

Pues algo de esa magia de Martí, algo de ese calor evangélico con que el mártir cubano nos transporta a la tierra de los santos, es lo que pasa al estilo que usa Máximo Gómez para expresarse en frases poco escogidas, pero que nos invitan, a pesar de su rudeza, a repetir varias veces la lectura. Sólo quien convivió con el grande hombre y participó de esa especie de elación que infunde cierto carácter de parábola y cierto aire de plegaria a cuanto dijo aquel vidente, ser extraordinario que en muchas cosas no parece un caudillo común sino un iluminado, pudo estampar frases como las siguientes en sus cartas y en su Diario de Campaña: "Con estas convicciones, pensé abrazar, en estos días a los míos, y descansar en el seno de esas purezas. . ."¹ "A las cuatro de la tarde, hemos dado vista a las dos Antillas: Santo Domingo y Cuba, los dos pedazos de tierra de mis ensueños. En la primera dejé mi cuna, y quién sabe si en la segunda

1) Carta al Presidente Billini, fecha en las Villas, Cuba, el 6 de julio de 1898.



tendré mi sepultura. En la primera recibí el primer beso del amor más puro. En la segunda recibí el último. Allí enterré a mi madre”². Frases de este género, sobre todo como la primera de las dos aquí transcritas, abundan en la prosa de Martí que gustó de sensibilizar sus ideas y que usó con frecuencia esa clase de términos abstractos para traducir poéticamente con ellos los sentimientos más finos y las sensaciones más delicadas.

El Diario de Campaña y las cartas de Máximo Gómez, además del mérito que encierran como expresión de la inteligencia de un soldado de escasa cultura que no careció de cierta sensibilidad literaria, tienen en el aspecto moral un valor incalculable: la historia de América cuenta con pocas páginas tan hermosas, por ejemplo, como la carta dirigida por el héroe de Palo Seco al Ejército de Cuba desde la Quinta de los Molinos, el 12 de marzo de 1899, donde se muestra mejor discípulo de Martí que el más ardiente de los apóstoles que haya tenido en cualquier época el patriotismo cubano.

Máximo Gómez tenía abierto en 1899 el camino hacia la Presidencia de Cuba. Todo parecía invitarlo a ser el primer hombre llamado a sentarse en aquel solio: la nueva ley constitucional, donde se incluyó un artículo que no tenía otro objeto que el de favorecer esa aspiración legítima; el genio militar con que fascinó a aquella generación predestinada; el ascendiente que conservó siempre sobre las tropas, acostumbradas a ver en el gran soldado al héroe del paso de Júcaro a Morón, empresa mil veces más atrevida que la de la célebre marcha de Bolívar desde los Llanos de Casanare hasta el páramo de Pizba; y la muerte de Maceo, único émulo que hubiera podido disputarle, por el prestigio hazañoso unido a la consideración sentimental resultante del nacimiento en el suelo recién emancipado, el premio a que la hacían acreedor sus treinta años de servicios a la causa de la independencia cubana.

Pero Máximo Gómez, virginalmente puro en sus convicciones doctrinarias y fiel hasta la muerte a los principios del Manifiesto de Monte Cristi, renunció a sentarse en la silla que en su lugar ocupó don Tomás Estrada Palma, y se retiró

2) Diario de Campaña, abril de 1885.



a su hacienda orgulloso de no haber puesto su gloria en la feria política al alcance de las pasiones humanas. En esa ocasión, como en todas las empresas en que intervino desde que inició en las playas de Cuba la gigantesca aventura de 1868, el inmenso soldado se limitó a recoger el laurel “desde la altura de su caballo”.

(Joaquín Balaguer – “Los Próceres Escritores”).

